

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

PREGUNTAS

LA HISTORIA COMO VIDA

ASISTI hace pocos días a la recepción de un español, de insignificante linaje, el duque de Frias, en la Academia de Historia. Las Academias para bien o para mal, son tenidas por muchas gentes como ámbitos inmóviles, en alguna medida, museables, cuando no, convertidas en auténticos mausoleos. La historia es, asimismo, para la mente de las nuevas generaciones iconoclastas un crónico indigesto de viejas memorias. Tuvo el receptor, no obstante, el raro mérito de convertir su discurso en testimonio vivo, elocuente, de una página arrancada de la conciencia colectiva de España. El duque de Frias no es sólo conocedor minucioso y objetivo del pasado de nuestro país, sino admirable compilador y restaurador de uno de los mejores archivos nacionales, correspondiente precisamente a su tronco familiar. De esa riquísima cantera extrajo los materiales para construir el perfil de un antepasado suyo, el condestable de Castilla don Íñigo Fernández de Velasco, conde de Haro, que en momentos de grave crisis nacional, cuando los comuneros se fueron alzando contra el joven rey Carlos y los abusos del entorno flamenco que traía consigo, supo reorganizar las menudadas tropas leales al monarca, maniobrar con acertada estrategia, mantener con serenidad la fidelidad de la regencia política, de la nobleza no comprometida en la rebelión, y de las villas y hermandades, no sublevadas, y en definitiva salvar la corona de España para el hijo de Juana la Loca —que, mal aconsejado, no inició su reinado con acierto, sino con graves errores de juicio sobre las tierras que regía—, que más tarde había de enmendar totalmente, hasta convertirse en un monarca hispano por excelencia, con el transcurso de los años. Tienen estas monografías de nuestro ayer, cuando trazadas con la sobriedad de un conocedor profundo que además resulta ser, el último eslabón de una cadena genética directa, desde el biógrafo al disertante, la sugestiva condición de acercarnos al personaje por la vía del realismo vivo, casi anecdótico. La filiación de un linaje del siglo XVI hasta nuestros días no comporta en rigor sino una docena larga de generaciones. Doce hombres que se transmiten un código de informaciones tradicionales a lo largo de cuatro siglos. Nos pareció asomarnos, como de puntillas, al escuchar el relato, al tremendo drama que se desarrolló, en tierras de Castilla, y que culminó en la trágica jornada de Villalar. El condestable, además de ser un soldado de excepcional capacidad militar, que entre otros discípulos, enseñó al gran duque de Alba, las artes de la guerra, tenía una fina sensibilidad política que intentó poner al servicio del recién llegado, Carlos de Gante, sin conseguirlo. Pudo, si hubiera sido escuchado a tiempo, haber evitado la rebelión de los comuneros, dando audiencia generosa a las peticiones y solicitudes hechas en las Cortes. No le hicieron caso, ni el monarca que

llegaba de Flandes sin saber bien el suelo que pisaba, ni la camarilla que suelto por desgracia, acompañar, como secuela inevitable a los poderosos y en la que invariablemente anidan el servilismo y la adulación sobre otras presencias, cuando no actúan también dentro de ella los turbios intereses que se arropan al amparo de cualquier poder absoluto. ¿Qué fascinante resulta escuchar el ritmo de la historia contado al compás de la vida de sus protagonistas! Al friso grandioso de las monumentales obras que nos presentan el pasado como una inmensa panorámica de gestas, epopeyas, invasiones, batallas, revoluciones, reinados, paces y guerras, prefiero el perfil humano y político de los personajes, en este caso, el de un noble español que nace en el siglo XV y muere a comienzos del XVI y vive en el contexto social de su estamento con la idea dominante de que ha de servir a la corona, aun en los peores trances, es decir, en aquellos en que, probablemente, en su fuero interno, juzga en conciencia motivados, en los errores cometidos por el mismo monarca al que de modo eminente ayuda. Para don Íñigo Fernández de Velasco, la corona era el Estado, y la simbólica encarnación de su patria aunque ambos vocablos —patria y Estado— no habían todavía entrado en su sentido actual en la semántica aceptada por las colectividades de aquella época. En el acto que comento, dio la bienvenida al nuevo académico, un hombre ilustre de la cultura contemporánea, el marqués de Lozoya. Eternamente joven, con su contenida malicia segoviana, el historiador de la vida y del arte españoles, descendiente de otro insignificante linaje de nuestros siglos XIV y XV, los López de Ayala, también entonces poderosos, como los Velasco, y asimismo, de oriundez nórdica vascongada, apuntó en su réplica, al tema de las sublevaciones comunarias contra Carlos V. Tengo para mí que en el espíritu liberal de Lozoya aleteaba una íntima simpatía —que muchos compartimos— por aquellos hombres surgidos de los municipios, de las ciudades y de las villas del reino de Castilla que lucharon heroicamente durante muchos meses, sucumbiendo por fin en Villalar, en abril de 1521. «Todas las revoluciones —dijo Lozoya— tienen siempre una motivación justa en su origen.» También la tuvo, y muy profunda, la de los comuneros. Se desvió después, en su proceso, hacia la demagogia y las venganzas familiares entre clanes y linajes, el desorden y el desbordamiento de las violencias populares. Hubo también seguramente dentro de ella agentes exteriores interesados en fomentarla, para servir a las miras de la corona vecina, la del rey de Francia. Pero esa ingrencia ¿cuándo no se ha producido en las revoluciones desde que empezó a rodar la historia humana?

Está por hacer un estudio sistemático de lo que fue, por ejemplo, durante los tres siglos de nuestro imperio universal, la tarea oculta, secreta, gigantesca y eficaz, de nuestro servicio de espionaje e información, la «C.I.A. de los Austrias», en el seno de la política interior de las potencias rivales, enorme red bien nutrida y pagada que terminaba sus madejas en el telar del Alcázar madrileño. Si se realiza y se publica algún día esa investigación, comprobaremos una vez más, las muchas cosas que en la historia se repiten como reflejo de la inalterable condición humana y de los perennes problemas que plantean en cualquier época las ecuaciones de poder entre las distintas naciones que compiten en la hegemonía internacional. ¿Qué hubiera pasado si los comuneros salen vencedores en su forcejeo con los imperiales? Después de escuchar la documentada exposición de Frias, se comprende que no fue mollar, ni mucho menos, la contienda civil aquella, para los del bando real. ¿Hubiéramos marchado por otro rumbo exterior, menos vinculado a las guerras de religión de la Europa continental? ¿Se habría concentrado España más en sí misma, sin sentirse Quijote de la catolicidad amenazada? ¿No hubiéramos derrochado el fabuloso tesoro de las Indias —los petrodólares de la época— en financiar guerras lejanas y ajenas al verdadero interés peninsular? ¿Se hubiera adelantado en siglos el despertar democrático de la comunidad nacional y de las libertades públicas frente al absolutismo del poder real, a la manera de la revolución del Parlamento británico contra los Estuardo? La vieja y tradicional estructura de los reinos y pueblos de España, respetados en su identidad bajo el vínculo de la corona ¿se podría haber mantenido —si los comuneros triunfaran— en vez de haber sido allanada por el rulo lento pero implacable del centralismo estatal? ¿Cuántas preguntas incontestables suscita el episodio! ¿Cuántos caminos diversos se ofrecen, en ciertas altas ocasiones, al porvenir de un pueblo! Las contiendas civiles son también desgarradoramente semejantes a pesar de los siglos que las separan. Pregunté a Lozoya al terminar el acto académico por qué el linaje de los Ayala, tan preponderante durante los reinados de los Trastámara, habían sufrido un repentino eclipse en su poderío, a partir de Carlos V. «Mi antepasado, el conde de Salvatierra, se equivocó», me respondió con sorna. «Se puso con sus mesnadas del lado de los comuneros en sus tierras y señoríos de Alava. La batalla decisiva se dio contra los imperiales en el puente de Durana. Y quiso la fortuna que estuviera colocado del lado malo del puente.» José M.º de AREILZA

CIENCIA DE LA LITERATURA CONFUSIONES DE PRINCIPIO

LA pretensión consiste en erigir una «ciencia de la literatura». Por lo menos, el debate se centra justamente, en esa etiqueta: «ciencia de la literatura». Y ya se entiende de qué va la cosa, a partir de la elección de la palabra «ciencia». Al fin y al cabo, hasta ahora, la «enseñanza de la literatura» ha tenido una bases teóricas bastante precarias, y su inclusión en los planes académicos respondía, en parte, a la rutina de las «humanidades», y, en parte, a una vaga —pero no por eso incierta— maquiación «ideológica» en cuyas propuestas convergían las ilusiones nacionalistas y los intereses digamos «doctrinarios» de la clase dominante. Fuera de las aulas, la situación no era diferente: de hecho, la historia y la crítica literarias se movían en ese plano de ambigüedad —a veces, ¡ay!, de escasa ambigüedad— a que me refiero. La necesidad de «cientificar» los estudios de literatura parece proceder de la «mala conciencia» de los profesionales del ramo, ante la evidente pobreza y la no menor confusión de sus «premisas». Desde luego, y además, en un mundo como el nuestro, donde las «ciencias» mandan, ¿qué justificación tendrá una cátedra, por ejemplo, si no es «científica»? ¿Cómo evitar la tara del «ensayismo», el hablar de literatura?... Porque, en efecto, los «profesionales del ramo» no son los literatos: poetas, novelistas, dramaturgos y demás. Son los otros: los que «estudian» lo que han hecho, hacen y harán, los literatos...

cia, debería ser concebida y aceptada en un enfoque similar al del «reino mineral», pongo por caso, dentro de las ciencias que se ocupan del «reino mineral». Sólo que la «literatura» se resiste a esa equivalencia. Como se resisten a ella todos los «productos» humanos: las artes, y, en general, la vida misma de las gentes. Con los «productos» humanos no resulta factible hacer «ciencia» —e insisto en lo que hay que entender por «ciencia»: la ciencia auténtica—, sino sólo «historia» y «sociología». Que son todo otro cantar. El comportamiento humano, tan diverso y tan contradictorio, es materia de reseña y de análisis a través de la «historia», en un aspecto, y en otro, a través de la «sociología». Y nadie duda de que, igual la «historia» que la «sociología», son opciones instalables, a lo máximo, en los suburbios de la «ciencia». Por muchas razones, que no es del caso explicar, se quedan en «aproximación científica». Hubo una época, larga época —yo aún la viví—, en que los programas escolares comportaban la enseñanza de una «manera» de literatura. Lo llamaban «preceptiva literaria», y se proponía inculcar a la criatura discipular lo que era un soneto, cómo se debían acentuar los versos, cuál era la entidad de la narración, qué leyes tenían que regir al teatro. Mientras mis doctos maestros me hacían aprender estas insignificantes nociones, los literatos hacia años que habían prescindido —para bien o para mal— de ellas. El esfuerzo didáctico no fue inútil del todo, pero sí bastante tonto. En el terreno de la plástica, las «escuelas de Bellas Artes» impartían el aprendizaje de la «copia» y en los Conservatorios de música, si no me equivoco, se enseñaban los reglamentos de composición —de contrapunto, de fuga, o de lo que fuese— con arreglo a las tradiciones. Y no hablémos de lo que ocurría en las tarimas dedicadas a la jerga filosófica: el maestro, suntuosamente convencido de sus paparruchas, trataba de que sus alumnos las asimilasen. Y no importa si el cá-

tedro de filosofía fuese tomista, heideggeriano marxistizante. La realidad era que la «enseñanza», ni en literatura, ni en plástica, ni en música, ni en filosofía, se agantaba en la sectaria exposición del dómine. Porque, en algún lugar bien visible, y escandalosamente, los escritores, los compositores, los artistas de la pintura y la escultura, los filósofos, hacían sus cosas por su cuenta, y con una sorprendente pluralidad de opciones. No es posible una «ciencia» que —vuelvo a constreñirme a la «literatura»— se resuelva en «constantes» susceptibles de revertir en «leyes». Los ácidos y las sales, dentro de lo que cabe, se comportan con una notoria regularidad, y los bichos, y las plantas, y el temible átomo capaz de fisión. Y los números. Etcétera. Creo que la diferencia salta a la vista. La literatura será, en cada momento, lo que los literatos quieran que sea, o lo que pueda ser, según lo determinen factores ajenos a la propia actividad. ¿Qué «ciencia» se le puede aplicar, como no sea la «historia» y la «sociología»? En la medida en que son o puedan llegar a ser «ciencia», todo lo más que tolera la literatura es una «historia de la literatura» y una «sociología de la literatura». Las afables tentativas del «estructuralismo», si consiguen formalizarse con un mínimo seriedad —de «rigor científico»—, serán, quizás, algún día, «ciencias auxiliares»: de la «historia» y de la «sociología». No veo, hoy por hoy, que se pueda ir más allá. Lo que se ambicione a otro nivel será pura cháchara, probablemente inocente —por mucho que la envoltura terminológica se desee «científica», y en eso ocurrirá lo de siempre, que el «maestro» impone su escolástica al «discipulo», y superflua. Un noventa por ciento del «estructuralismo» francés, sin excluir páginas de monsieur Barthes, es mero bla-bla-bla, o simple repetición de tópicos. La «historia de la literatura», de todos modos, y a pesar de los pesares, ha sido una operación notable. Desde una cátedra de «lite-

ratura», ¿qué puede hacerse que no sea explicar «historia literaria»? La «ciencia», por ahí, sigue siendo el viejo, venerable, tozudo «positivismo»: el dato. De documentos, de fuentes, de comparación. ¿De interpretación? El «positivismo», con su aparente neutralidad, «interpreta». Pero sea cual sea la «interpretación», pertenece a la «historia»: como otro cualquier «sector» de historia, o sea, de vida. La alternativa es la «sociología»: el «hecho literario», en última instancia, no se limita a las «obras maestras» que, por una acumulación de asentimientos, resultan primordialmente admirables. La «literatura menor», incluso lo que hoy desdeñosamente llamamos «infraliteratura» para referirnos a papeles leídos —la «literatura» es asunto de leer, ante todo—, sin descartar a la Corín Tellado, también es «literatura». ¿Por qué no? Por aquí entra en juego la «sociología»: para averiguar qué se escribe, qué se edita, qué se vende, qué se lee. Y la «cuantificación» del proceso merece graves respetos, si está bien hecha... La combinación «histórico-sociológica» sería una oferta viable. Lo ha sido hasta hoy, con deficiencias tremendas, naturalmente. Pero tal vez es el único camino... ¿Una «ciencia de la literatura»? Si uno mantiene sus distancias —higiénicas— con el «idealismo» tradicional (y el «estructuralismo» es el idealismo pertinaz, con una leve salsa marxiana de aderezo), la «historia» y la «sociología» serían suficientes. Con la modestia necesaria. Con la modestia no creer que eso es «ciencia» equiparable a las ciencias seguras: las que se ocupan del «reino mineral», del «reino vegetal», del «reino animal». Y del reino de los números o de la lógica, que es otra —lo la misma?— precaución metodológica... Joan FUSTER

SI USTED PIERDE SU CABELLO... ¡VENGA HOY MISMO! La primera y más grande organización internacional, 60 sucursales, en Europa fórmulas y productos exclusivos registrados. Nuestros institutos han sido muchas veces imitados, pero nunca logrados. La solución a su problema capilar, ya no es problema. El nuevo método Akers I. C. Internacional nos garantiza procedimientos eficaces. INSTITUTO CAPILAR INTERNACIONAL. Avda. J. Antonio, 634, 10.º (esquina Pº de Gracia) Tel.: 302 0149-318 8130 BARCELONA. VALENCIA SEVILLA BILBAO MADRID. Tel. 21 22 47 Tel. 22 82 94 Tel. 21 93 99 Tel. 248 22 48

SOLER ARCAS SINONIMO DE SEGURIDAD Arcas para caudales con secreto de pulsador incorporado. Instalaciones completas para bancos y grandes entidades. ARCAS Y BASCULAS SOLER, S.A. Rambla Catalunya, 10 - Tels. 302 26 46 - 302 29 99 Barcelona (7) Aldana, 3 - Tels. 242 24 03 - 241 02 97 Barcelona (15) Sistemas de Seguridad Instalaciones de Alarma Cristales especiales anti-balas

TROPIK MAGRIÑA y CIA. COMUNICA A CLIENTES Y PROVEEDORES QUE ESTOS SON LOS NUEVOS NUMEROS DE TELEFONO DE SU FABRICA DE HOSPITALET 337-68-16 Y 337-67-70